

Fernández de Juan, Adelaida. *Oh vida*. Ediciones Unión, La Habana: 1999.

*La cotidianeidad es más perseverante, más continua que la lucha misma; y si la historia es cambio y continuidad, lo cotidiano es indispensable.*

VERENA RADKAU

Las trece historias que componen el libro *Oh vida*<sup>1</sup> son trece piezas que ayudan a componer el rompecabezas enorme que es la vida cotidiana en la Cuba de hoy. Mujer y cotidianidad suelen ir de la mano, es sabido. Pero las grandes vengadoras, la Justicia de ojos vendados y la Parca siniestra, pertenecen al ámbito de lo mítico, siempre tan lejos de la escoba y la cocina. En el cuento que abre *Oh vida*, “Clemencia bajo el sol”, Evangelina de las Mercedes Concepción de los Montes y Carvajal (Cuqui), una mulata de la Habana Vieja, en el mejor estilo confesional del que es capaz, cuenta en primera y única persona cómo se fundieron en ella las dos figuras para dar muerte a “la querida de Reyes”, destructora de la armonía familiar de éste con su esposa, “Ekaterina, la rusa”. La solidaridad entre mujeres, la huella dejada en la cultura cubana por la convivencia con “los relojes de pulsera que pesaban una tonelada y los zapatones que parecían de ladrillo”, provenientes de la extinta Unión Soviética, la rica convivencia entre el té “ruso” y el café criollo, de la que Cuqui no reniega porque “mucha hambre que matamos con la carne rusa y con las manzanas de pomo”, son los motivos recurrentes en esta tragedia picaresca habanera, en la que se contraponen valores como la lealtad y la traición, la hipocresía y la honradez. Con nostalgia y pasión y violencia y palabras muy poco “finas” defiende Cuqui lo más auténtico de sus sentimientos, porque “... ya estoy cansada de lo que viene y se va. Se puede ser fuerte, pero existe un límite; no hay que exagerar”.

El libro termina hablando otra vez de ausencias, de los amigos que abandonaron el país y a los que se ha perdido el rastro. “Viaje a Pepe” muestra a una Ariadna cubana que con la punta del hilo en la mano emprende una búsqueda que la lleva sólo ante sí misma y ante la incertidumbre: “¿adónde vamos ahora?”, es la pregunta que cierra el recorrido y el diálogo entre los dos personajes que estructuran esta historia, en la que la ciudad es el laberinto, un laberinto sin centro: el centro hay que buscarlo en uno mismo.

Hay dos zonas en el libro que no existen la una sin la otra, que existen y significan a través de la figura femenina entre ellas: el entorno cotidiano más inmediato y las relaciones de pareja. En “Oh vida”, la protagonista imagina “cómo sería dormir en un lugar tan amplio,

---

<sup>1</sup> Con *Oh vida* la narradora Adelaida Fernández de Juan (La Habana, 1961) obtuvo el Premio de Cuento “Luis Felipe Rodríguez” que otorga la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). En 1994 había publicado *Dolly y otros cuentos africanos* en la colección Pinos Nuevos de la Editorial Letras Cubanas.

an propio, tan sin hijos ni marido, exquisitamente solitario”, mientras reconstruye en la noche su vida diaria, hasta que se pregunta: “¿Y si se tratara de que voy a morir mañana?”, y entonces comienza a desear una felicidad posible, real, que ha tenido siempre al alcance de la mano, y que es justamente el privilegio de vivir, tomando conciencia de su cuerpo y de sí misma. La letra de la canción del Benny adquiere entonces otro sentido, no sólo es un canto al amor, sino al asombro de respirar y caminar y estar en el mundo.

El contrapunto entre la narración en primera persona y un narrador omnisciente que describe las acciones exteriores, los gestos, crea un singular modo de ofrecer a la percepción del lector la imagen desdoblada de los personajes, la relación entre la vida interior y la sucesión de actitudes aparentemente banales, como en “Niña muerta en el parque”, en el que gestos como sentarse en un parque, evadir las labores del día, fumarse un cigarrillo en silencio, mirarse al espejo con detenimiento, desencadenan los recuerdos de la infancia y la asunción de lo vivido como si se descubriera en ese momento el paso del tiempo y la extrañeza de estar vivo. La memoria como reducto para trascender lo cotidiano adverso es una de las obsesiones del libro, como en “Esta noche”: “Una vecina dijo que los papagones sirven para volver a disfrutar de los portales, y aunque lo dijo con ironía supimos que era cierto. Cuántos años hacía que no nos reuníamos todos y nos escuchábamos a través de las rejas que es como decir a través de los años. Si no fuera por los cambios en las voces, parecería que somos los mismos.”

La crueldad, el masoquismo, la violencia en las relaciones de pareja se conjuran a través de la escritura en “Bumerang”, un cuento en el que se invierten las reglas y la protagonista practica el desasimiento de lo “sensible y sensitivo”, y llega a una identificación con la materia que recuerda a Clarice Lispector, en su recreación de sensaciones puras: “Le gustaban tanto los papeles niveos, lisos, que le provocaban incontrolables deseos de acariciarlos.”

Las trece historias que ha tejido Adelaida Fernández en *Oh vida* no sólo conforman una imagen de lo cotidiano, de lo que fluye y se va todos los días, sino que buscan el sentido de los actos más leves, y es por ello que no sólo se limitan a entregar “una visión de la cotidianeidad desde la perspectiva de género...”, como se afirma en la contraportada del libro, sino que captan lo esencial de la vida --hecha en fin de gestos y palabras efímeros casi siempre-- y la celebran con la misma pasión y cubanía del verbo con que el Benny Moré supo hacerlo.

**Tania Pérez**  
*Casa de las Américas*